

Burocracia

Por UnAnónimoMásEnInternet

Sentado desde hacía unas dos horas mirando al techo , estaba aburrido José, no podía pensar en mucho más que en lo aburrido que estaba. Veía las luces del techo del banco iluminar ciertos sectores del suelo cuando bajaba la cabeza; contando las luces y las cámaras que veía «son seis luces en las filas cuatro filas que hay, y un total de nueve cámaras contando la de la entrada».

José, hombre de treinta y cuatro años, de estatura mediana, callado y un poco tímido, pero con gran espíritu tranquilo. Nuca tuvo que lidiar con los problemas de las transacciones bancarias, puesto que nunca tuvo la necesidad de usar un banco, todo el dinero que tenía lo guardaba bajo un viejo colchón empaquetados en las diferentes sumas que usaría ese día. Colocando meticulosamente en una libreta que llevaba siempre consigo cada retiro y entrada de dinero de su banco personal, y todo desde la comodidad de su casa.

No fue sino hasta hace unos días que una vecina del cerro donde vivía le recomendó crearse una cuenta de banco. Ninguno de sus otros vecinos sabían que él no tenía una cuenta bancaria; pero ella, Doña Úrsula, al ser la mujer más entrometida de todo el cerro y de los otros dos que tenía al lado , se terminó enterando de su secreto al hacer uso de su habilidad de reportera chismosa, pensando en un principio que le diría quienes eran esas mujeres que tan temprano llegaban a casa de José, y apenas llegar el ocaso se marchaban. Al final de tanto esfuerzo por sacarle la información a José, terminó por enterarse no de lo que ella esperaba, sino de la falta de cuenta bancaria del pobre interrogado, que después de dos horas de plática que pareciera interminable y ante la pregunta de Doña Úrsula sobre sus gastos en su cuenta bancaria para pagar servicios, José le dijo que no tenía cuenta en el banco, que todavía no tenía cupo.

Así fue como ese mismo día, Doña Úrsula llamó por teléfono a alguno de sus conocidos en el pueblo para poder ayudar al, según ella, necesitado José. Llamó a mucha gente, sin parar pasó hora y media al teléfono, se sentía cansada, pero no se iba a dejar vencer para poder ayudar un vecino. Después de tanto llamar, tanto saludar y tanto preguntar sobre su cometido, Doña Úrsula consiguió por fin un cupo para José, para el día lunes bien temprano en el banco frente a la plaza del pueblo. Esa noche durmió satisfecha y con la conciencia de un bebé al saber que había hecho algo bueno por José; sin embargo, esa noche, José tuvo una pesadilla de las más rocambolescas que tuvo en toda su vida, tanto fue así que despertó bañado en sudor al oír los toques de su puerta, al pararse a revisar quien era, se sorprendió al ver a Doña Úrsula, quien en su pesadilla lo atormentaba.

Doña Úrsula pasó toda la mañana tratando de convencer a José, el cuál con cada argumento que le lanzaba Doña Úrsula, el respondía tranquilamente diciéndole que no le hacía falta, que ya tenía tiempo viviendo así y nunca tenía problemas de dinero. Doña Úrsula como siempre, tan imperiosa le reiteraba con un sí, sí, sí, sí; mientras José aún apacible le respondía que no, no, no, no. La conversación se terminó alargando tanto que ya pasaban las doce de la tarde, dándose cuenta José al sentir un hambre que lo hizo tambalear un poco, ya para aparentar le ofreció sentarse a Doña Úrsula, quien aceptó con gusto sin darse cuenta de las verdaderas intenciones de José. Pero el tiro le sa-

lió por la culata. Doña Úrsula, quien a pesar de casi llegar a los setenta años, era una mujer muy fuerte, con una resistencia casi inhumana para algunas tareas cotidianas y otras no tan cotidianas; algo tan simple como hablar, lo perfeccionó a tal grado que sus charlas podían hablar de lo que fuese y aún así extenderse por horas, cansando al receptor, pero nunca a Doña Úrsula. También esa por las incontables preguntas que hacía, ofuscando sin buscarlo a los demás y siempre con una sonrisa de anciana y una buena actitud que dejaba con la guardia baja a cualquiera que fuese su víctima.

Así fue como después de tanto insistir, y ya llegadas las tres de la tarde, más la fatiga del hambriento José, Doña Úrsula consiguió su cometido, le había costado sudor y saliva pero lo logró.

La cita estaba ya pactada y José no tuvo más que sólo ir el lunes al banco, entrar y hablar en la taquilla para que se creara su cuenta. Fue así como llegó José a su embrollo actual, parándose de la cama tan temprano como pudo, ya que no tenía despertador, y ni un gallo que lo auxiliara en la tarea de mañanear, siempre que necesitaba levantarse temprano le pedía a Doña Úrsula que le despertara, pero sabiendo como es ellas, de entrometida, decidió mejor no hacerlo, lo más seguro es que ella quisiera acompañarlo, pero después de la interminable conversación del otro día, o quería hablar con más nadie por el resto de la semana.

Despertó antes que todos en el cerro, hizo el esfuerzo por no hacer ruido y mucho menos encendió las luces de su casa. Todo estaba tan oscuro que pensaba que aún eran las dos de la mañana, tenía un reloj de pulsera para comprobarlo, pero no quería arriesgarse al encender la luz y ver qué hora era. Se bañó con cierta delicadeza para no hacer ningún ruido, se vistió muy rápido y trató de arreglarse un poco a la luz de la luna que reflejaba a su espejo. Salió de su casa y se dirigió caminando al pueblo, las luces del alba hacían su presencia y las de las casas de los cerros se encendían esporádicamente, revelando el mañaneo diario de las personas que vivían en los cerros.

Bajó uso treinta minutos hasta llegar al pueblo, pasó junto a varios quioscos que empezaban abrir, el día ya estaba aclarando y eso significaba que las personas empezaban ya a salir a la calle. José, que sabía que en el pueblo todo era movimiento, decidió apretar el paso y trotó hasta llegar a la plaza, donde descansó unos segundos contemplando el lugar, siempre que pasaba por allí le gustaba observar los árboles y lo bonita que era a pesar de su pequeño tamaño; siempre le maravillaba y hoy que la veía tan temprano, era aún más hermosa. No tardó mucho en darse cuenta que empezaba a tener hambre, los pequeños rugidos de su estómago lo sacaron de su trance. José se enfocó en un quiosco de pastelitos, pensó en ir pero cambió de idea al ver el banco y como algunas personas entraban en él. Dudó un poco en si ir al banco o comer primero. Al final decidió que lo mejor era el banco, si tardaba dentro, podía salir a comer después, mientras que si perdía su cupo lo más seguro es que se estuviera todo el día dentro.

Así fue como José entró al banco para arrepentirse cuatro horas después. Cuando entró quedó sorprendido de lo grande y lo lleno de personas que estaba, era el banco principal del pueblo y de cuatro pueblos más pequeños cercanos a este, así que era de esperarse pensó José. Preguntó a uno de los guardias dónde era la zona para abrirse una cuenta, el uniformado le respondió con ligera condescendencia «es la fila más larga» señaló con el dedo «esa de allá». A José se le fueron todas las esperanzas de salir temprano, pero antes de formarse, le dijo al uniformado que tenía cupo. El hombre rió un poco y dijo que todos los que están aquí también lo tenían, le dio una palmada en la espalda a José le pidió su documento de identidad para verificarlo en la tabla que tenía del día de hoy. Al chequear que sí tenía el cupo, el uniformado lo dejó pasar a formarse. José en ningún momento se percató de la fila a la que había entrado, que no era la de abrir cuentas

bancarias, sino a de ingreso y retiro de fondos, no se dio cuenta de su error hasta que fue muy tarde ya.

Pasados unos cuarenta y cinco minutos de larga espera en la fila, José le preguntó a la persona de en frente del porqué había tanta gente, le respondió una señora de al menos cincuenta años, que todo era por los que venían abrir cuentas bancarias, que muchos de ellos estaban esperando desde el día anterior fuera del banco, y la primera que abrió entraron. Al escuchar esto, José se quiso llevar la mano a la frente por no haber entrado al banco una vez llegado a la plaza, pero guardó la compostura y se quedó haciendo la fila por un largo tiempo hasta que notó que en la fila que estaba él, se dirigía no a la zona de abrir cuentas, sino a la de ingreso y retiro de fondos. Maldijo en sus adentros por ser tan distraído y por no preguntar antes, ya que sólo faltaban tres personas antes de que él fuera el próximo a ser atendido en... Nada, eso es lo que iba hacer allí, nada, y perder el tiempo; ah, y también pasar hambre.

Mientras esperaba en la fila (ya ahora sí en la correcta) que no se había movido hace minutos, pensaba en distintas cosas para no aburrirse, miraba hacia los lados sin fijar la mirada en las personas, sólo en sus pertenencias; al cabo de un rato dejó de hacerlo, eso de mirar los bolsos, cuernos y carteras de las personas no se veía bien. Se dio cuenta de eso después de que una anciana lo sorprendiera viendo su bolso, ella como cualquier vieja que tuviera parecido a Doña Úrsula, lo confundió con un ladrón por culpa de unas simples miradas para no aburrirse; a lo que la anciana no tuvo más que llamar al guardia. Para suerte de José, todo se arregló en seguida, no lo sacaron del banco, el guardia entendió todo con calma al saber que José sólo hacía eso de mirar por aburrimiento de estar en el banco, a lo cuál, el guardia le respondió que sentía lo mismo, compartieron sonrisas y se estrecharon la mano para así el guardia volver a su puesto y José a seguir esperando en la fila, que después de esa interrupción se había movido un poco.

Otra hora más dentro del banco pasaba, y José, que ya no había vuelto a mirar a las cosas ni mucho menos a las personas que las llevaban decidió ver el lugar en donde estaba. Veía el banco sorprendido, nunca había visto un lugar parecido. Sus pisos eran tan blancos y tan brillantes, sin importar el mar de gente que pasaba por el lugar que mirara, se mantenía limpio. Las columnas y parte de las paredes contrastaban con el piso por su color negro, eran una de una piedra tan lisa y oscura como hermosa. De los pocos asientos que había, todos estaban ocupados y todos eran de un color metálico cromado que daba modernidad al ambiente. Mientras observaba a sus alrededores sin mirar a las personas (tarea difícil por tanta gente que había), miró al techo por unos instantes. Se quedó maravillado por las lámparas que iluminaban por completo el lugar. José trabajaba de albañil, más precisamente de electricista, por eso el fijarse en como estaba hecho el banco lo pudo distraer, pero esas luces, lo atraparon, o sólo tenían un diseño nuevo que nunca había visto, sino que su luz era blanca, iluminando el piso más de lo que ya estaba. Girando un poco la cabeza notó algo que sobresalía del techo, era una cámara de video, y no era la única. Pese a no ser un entendido con la tecnología; José sabía de ellas; en su trabajo en la construcción empezaron a implementarlas, además de que en algunos negocios y lugares importantes del pueblo, la alcaldía y la jefatura de policía las tenían. Siguió maravillado por un rato de sus descubrimientos, pero ya pasada la hora y todavía e la fila comenzó no a cansarse, sino irritarse. Contó las cámaras y las luces una y otra vez por un largo, largo, largo tiempo hasta llegar al punto donde no sabía ni cómo detenerse. Para su buena o mala suerte, la luz se fue, producto de un apagón en el pueblo. Sólo así pudo detenerse, pero ya finalizada su contadera, tendría que buscar algo más para entretenerse y peor aún, no sabía si podría abrir su cuenta ahora que todo estaba a oscuras.

Con ligero temor, José preguntó a su vecino de fila si eso de que la luz se fue afectaría la velocidad de la fila o si ya de por sí no seguirían abriendo cuentas, si es que ya no se podría efectuar nada de nada en el banco. El tipo le respondió con tono sarcástico que eso de la luz no afectaría en nada, que por eso seguían todos formados. José, que en un principio no entendió, ya sea por su inocencia, su ignorancia o ambas, le volvió a preguntar al hombre, quien molesto por llevar tanto tiempo esperando le respondió toscamente «¿Usted qué cree?» José se limitó a quedarse callado y en la fila esperando su turno.

Media hora después, la paciencia de José se apagaba, no sentía ya las piernas que estaban entumecidas de todo el tiempo que estuvo parado, tenía aún más hambre y ya no había luz para entretenerse contando las cámaras y luces del techo, que por ser un día tan nublado y un banco tan cerrado, no se veían, sólo el piso que parecía brillar y alumbrar un poco.

José, aún con algo de fuerza para resistir en la fila, porque a consecuencia, sabía lo insistente y molesta que era Doña Úrsula, se libró de su último método para aguantar, el cuál era nada más ni nada menos ni nada más, que la imaginación.

Imaginando distintas fábulas de situaciones muy diversas y estrafalarias se la pasaba José cuando se sentía frustrado y aburrido. No siempre en esas situaciones lo hacía, generalmente sólo cuando estaba solo y en silencio, por eso nunca pudo hacerlo cuando hablaba con Doña Úrsula en un principio en el banco, pero esta vez tendría que hacerlo de todas maneras, aún así, seguía haciendo menos ruido y que cuando Doña Úrsula hablaba, no le gustaba mucho la idea, pero ese día de máximo sopor no tuvo de otra. Así pensó en que volaba por los aires como un ave, siendo esto último literalmente, José se imaginó como un pájaro y como el último de estos animales que vio fue una paloma, se imaginó en tal forma. Esa fantasía no le gustó mucho, así que la cambió por otra. Pensó en un robo al banco, en donde unos asaltantes vestidos genéricamente; como en las películas que veía en su viejo televisor a blanco y negro. Ellos llegaban, apuntando a todos, gritaban y se robaban el dinero. Pensar esa fantasía del robo le hizo que se preguntara si él mismo podría robar el banco, pero cada vez que pensaba en algo, terminaba con José, o bien muerto por la policía, o bien linchado por las demás personas dentro del banco.

Esas fueron unas dos horas de pensamientos vagos y fugaces, donde José pudo distraerse para soportar la larga espera, la larga fila, la larga fatiga y la larga hambre, que ahora se había intensificado aún más.

José cansado como nunca antes vio por encima de las personas para ver qué tan distante estaba de su punto de llegada. Se percató que sólo siete personas estaban por delante suyo, lo cuál lo hizo tranquilizarse, aunque la fila se moviera, lo no parecía para nada; aún con la lentitud en la que iba, José creyó que lo podía lograr, pero todo iba de mal a peor par él.

Al fin, después de todo el suplicio y el tormento que sufrió, estaba justo en frente de la ventanilla para poder sacar su maldita cuenta bancaria. Dio un paso al frente teniendo libre el paso para acercarse a la ventanilla, cuando la que atendía en la ventana hace girar el cartel de a disponible para cambiarlo a cerrado y le dice a José «se acabó el tiempo de atención al cliente». José le responde que él quiere abrir una cuenta, no recibir atención al cliente. La señorita entonces le explica que a donde debe ir él es al otro lado de la sala para poder hacerlo, aunque no cree que lo puedan atender, ya que son las tres de la tarde y el banco cerrará a las cuatro, además, tiene muchas personas por delante.

José al momento de oír eso se acuerda que al momento de perderse en su imaginación fue retumbando de un lado a otro y que por estar tan perdido en sus pensamientos e imaginaciones se

fue de la fila en la que estaba y cayó en la ahora está, frente a la ventanilla de atención al cliente. Al darse cuenta de lo que hizo, José explotó en ira ciega.

Arremetió contra la ventanilla de la chica buscándola romper. Gritó como si su vida dependiera de ello, fue tan fuerte que todos en el banco se percataron. José, siempre calmado, se salió de sus casillas y con la fuerza de sus pulmones comenzó a decir de manera barbárica «¡COÑOS DE SU MADRE!» hasta romper la ventanilla, e incluso siguió a pesar de haberla roto. Los guardias arremetieron contra José (eran cuatro y le llegaron de todas direcciones); todos con sus macanas y uniformes contra el pobre hombre iracundo, todo eso mientras Doña Úrsula lo veía desde la puerta del banco con una ligera sonrisa en su rostro al ver la escena, todo eso sin que José pudiera percatarse.

José Fue molido a golpes por los cuatro guardias y sus macanas, fue llevado inconsciente a la delegación del pueblo y fue encerrado en una celda, se le atribuyeron tanto de multa y tantos días tras las rejas. Cuando por fin se despertó, José no recordaba nada de lo ocurrido en el banco con respecto a su furia, fue un sargento quien le explicó a un muy anonadado José lo que había ocurrido. Al final del día llegó Doña Úrsula buscando a José para reclamarle sobre porqué no la esperó para ir al banco y un largo etcétera típico de Doña Úrsula. Después del inmenso regaño, Doña Úrsula le dijo a José que le pagaría la multa a lo que José, conociéndola, le dijo «está bien».